

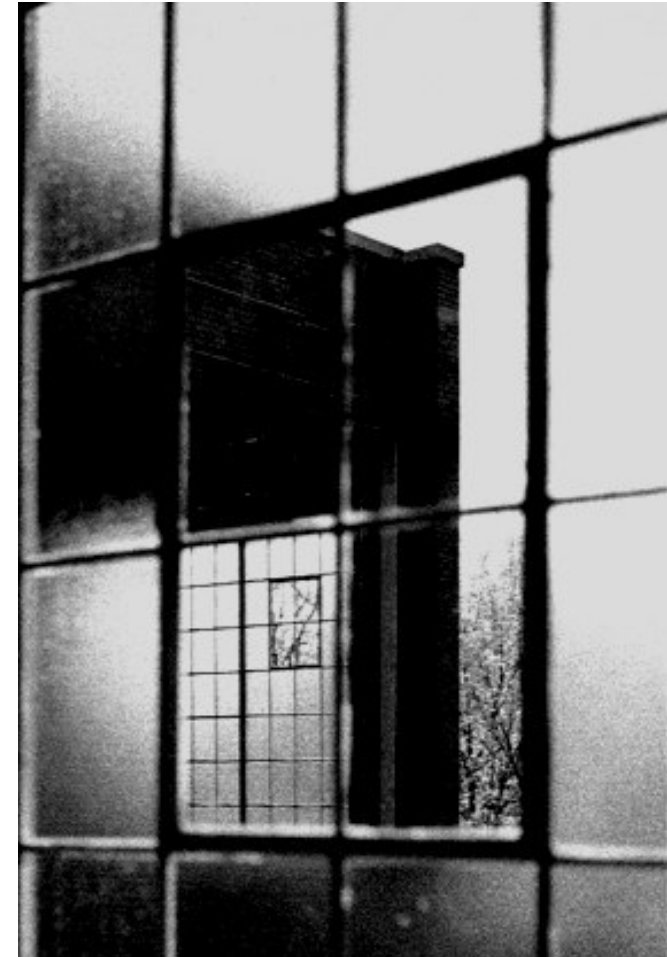


2007. 142  
JAIA LORE ARTEAN

CIRCO

EL ESPACIO ES EL TIEMPO

LUIS M. MANSILLA



*El presente texto, que habla de las fotografías de Luis Asín, fue publicado en marzo de 2007 en el número J de la revista MATADOR.*

*Fotografía de cubierta e interior: Dia Beacon.*

*Contraportada: Galería Tribes, Nueva York.*

Hay fotografías que agitan el tiempo, y lo hacen traslúcido, como el vaho que duda de sus límites sobre un cristal. Otras veces lo vuelven vibrante, como cuando una gota de agua cae en un estanque. Golpean con precisión un punto, y donde antes había la quietud del reflejo aparece ahora una onda expansiva, ligera y firme que agita la superficie y quizás también el interior del mar del tiempo. Un tiempo que, como el agua, es transparente cuando hay poco y que se vuelve oscuro y misterioso con la profundidad. Y lo hermoso es que esto sucede cuando aparece una quietud siempre expectante, como si pudiéramos hacer presente el instante anterior a aquello que va a suceder. Vemos a la vez distintos espacios, retratados entre transparencias y reflejos, y en la distancia entre ellos se forma un espacio, una cercanía, una complicidad o acaso una rivalidad que da profundidad y por tanto dinamismo. Y entre las quietudes, asoma el movimiento, la presencia de aquello que va a modificarse y nunca más será lo mismo. La vista surge del interior del Dia Beacon, atraviesa un aire exterior y vuelve a discurrir por un interior; un poco más allá, con una naturalidad pasmosa, desemboca de nuevo en el exterior. En el centro del objetivo vemos una ventana, a veces transparente y a veces velada, que tiene dentro una ventana por la que llegamos a distinguir un árbol... la vista es centrada, pero todo su dinamismo desmiente la aparente centralidad. Todo está ocurriendo

objetivo, y se recuesta entre los párpados del fotógrafo; sólo entonces su reflejo llega a impresionar la película: la cámara capta no la realidad, sino la realidad que se materializa en sus ojos. Y ahora en el estudio, la luz lo atraviesa y vuelve a la retina y pienso si acaso esos reflejos siempre presentes nos están hablando no sólo del espacio que hay detrás nuestro, sino de aquello que está detrás de nuestros ojos, en nuestro interior. Si, creo que el espacio, en sí mismo, no constituye un objeto de reflexión vital, no forma parte de nuestras preocupaciones, ni derrama nuestros temores, ni alienta nuestros deseos. El espacio, y también el espacio retratado, es sólo la vasija donde se deposita nuestro ronroneo con el tiempo... Es cierto que sobre el espacio pensamos, imaginamos, indagamos, y a veces lo amamos e incluso lo aborrecemos. Pero me pregunto si, en realidad, el espacio es poco más que una máscara, una máscara del tiempo, su pesada vestimenta. Todo espacio, entonces, tiene la capacidad, la hermosa capacidad, al ser mostrado, al ser pensado, de contener, de hacer visible, la presencia del tiempo. De convocar su presencia ensimismada, que transmite su rugoso tacto de lija suave y terca, de evocar su cercanía y su distancia, esa indiferencia que hace posible la vida. Una cercanía distante que hace presente aquello que no lo es porque dentro de un momento ya no va a existir, y nos muestra la fuerza irremediable de lo perecedero. De aquello que, de un modo paradójico, siempre existirá porque no podrá ser desgastado ni erosionado. Y, al tiempo, vemos una poderosa quietud, solitaria, que habla de un mundo y un tiempo que quizás volverá a existir, la promesa de volver a vivir lo irrepetible. Aunar esos mundos, aunar esos tiempos, parece ser el objetivo visible de la mirada de Luis Asín...

Luis M. Mansilla, diciembre de 2006

Y ese momento, el de presenciar algo que parece no erosionado por la mirada del visitante, que muestra un tanto su indiferencia, se acerca al ambiente de la galería Tribes, donde se vive un momento anterior, el momento en que las cosas están siendo elaboradas, donde se están imaginando. Es el momento anterior a la creación y las miradas están siendo convocadas. Ya no hay tiempo para rehacer el cartel que anuncia la Galería, desgarrado por el aire del tiempo, como si lo importante fuese haberlo colocado y no que permanezca ni dure. Unos pájaros frágiles se mueven con el viento, hacen visible un aire que sobrevuela, despreocupado, la suciedad. Un montón de libros, desordenados contra las estanterías, se empujan entre sí: han sido colocados unos contra otros, a tientas, y de repente convierten los pensamientos en algo inevitablemente material, recordándonos la importancia de trabar las ideas y las cosas. Y ese forcejeo que queda retratado en una instantánea, nos habla de otro instante distinto al que vemos...creo que eso es lo interesante: aquello que ven nuestros ojos es distinto a lo que ve nuestro corazón, y en esa transformación, en ese desplazamiento, es donde reside el interés y la humanidad de la mirada. De este modo, entran en el objetivo siempre varios espacios, y así como necesitamos dos ojos para apreciar las distancias, aquí aparecen dos espacios que nos hacen presente el tiempo. El tiempo se revela porque es lo que hay entre los espacios. Un tiempo a veces lento, a veces instantáneo, como en esas fotografías en las que líneas distantes se hacen una o coinciden las aristas o las luces con las formas: en ellas volvemos a ver el tiempo porque se ha detenido en un instante irreplicable, pero a la vez cíclico, un tiempo único que sin embargo volverá a suceder. Ya no vemos dos acciones consecutivas en una misma imagen, como en las pinturas primitivas italianas, también preocupadas por hacer presente el tiempo. Aquí vemos el tiempo en sí mismo, aparecer revestido de atributos hermosos, porque es un tiempo al que Luis Asín abre nuestros ojos. El espacio atraviesa el

alrededor, fuera de nuestra vista, pero sin su presencia, es decir, sin su ausencia, el aire que veríamos no sería posible. Y de este modo se hacen presentes varios lugares a la vez, varias naturalezas a la vez, que son todas la misma pero que se hacen visibles de un modo diverso, como si las cosas sólo llegaran a serlo en el interior de nuestros ojos. Todo queda al alcance de la vista, pero no al alcance de nuestra mano, y lo más cercano se vuelve distante o inaprensible... Entra la luz por las ventanas y su perfil se recuesta en las grandes esculturas de Richard Serra. Una luz que está dos veces presente: la sombra del marco es iluminada por una luz que entra lateral, donde estamos situados, y todo esto lo vemos a través de una ventana que refleja el paisaje, y que nos devuelve aquello que veríamos si estuviéramos dentro, como si pudiéramos vernos. Estamos en varios lugares a la vez, y por lo tanto quizás en varios tiempos a la vez, y somos cada uno varias personas que en un instante sufren la dolorosa felicidad de sospecharlo. Y si somos varios, podemos cambiar. Y si podemos cambiar, estamos vivos. En el interior del Dia Beacon, el espacio tiene una cierta frialdad, como si mantuviera todavía la soledad y el silencio del momento en el que los objetos que allí vemos fueron creados. Quizás por su poca densidad, o la generosidad del espacio que las separa, o acaso por la regularidad del espacio y su luz despreocupada, parecería que no están todavía arañados por las miradas, desgastadas por el roce de las expectativas que en ellos depositamos. El viaje hasta allí, río Hudson arriba en el tren, va dejando atrás la ansiedad de la ciudad: la nieve la amortigua, como hace con el sonido. Silencioso y frío, este ambiente industrial se anima, de una forma calmada, con los primeros rayos de sol, igual que lo haría un gato que se despereza lentamente. Quizás, más tarde, alguien se acerque a darle el último toque a una pieza expuesta, o vuelva de nuevo, obsesivamente, para asegurarse de que no es posible hacer nada más, que los objetos ya han comenzado una nueva vida, ajena a su creador.

